

Presentación del libro del Padre *Santiago M. Ramírez, O. P.*:

LA ESENCIA DE LA CARIDAD (*)

Sabiendo que "Dios es caridad" (I Jn. 4, 8) nada más natural que a un teólogo de la envergadura de Santiago Romérez le haya preocupado sobre manera el tema de la caridad, máxime habida cuenta de su mayor dedicación a la parte moral, donde se encuentra continuamente con que "la plenitud de la ley es la caridad" (Rom. 13, 6), "vínculo de la perfección" (Col. 3, 14). Dentro de sus *Opera omnia*, en curso de publicación en el C. S. I. C. de Madrid, el tratado de la caridad, comentario a las cuestiones correspondientes de la Suma Teológica de Santo Tomás, ocupa tres volúmenes en latín. Uno de ellos, ceñido a la *esencia metafísica* de la caridad, corresponde al curso impartido en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca (1946-1947), y es el que edito en español ahora, treinta años después. Ciertamente, el tema no envejece, como no envejece el amor en la humanidad y, menos, en Dios. No envejecía la caridad en la mente y en el corazón del Papa Juan Pablo I, quien se expresaba así en la audiencia general del 27 de septiembre de 1978, víspera de su muerte sorprendente: "Dios mío, os amo con todo el corazón y por encima de cualquier cosa, infinito bien y eterna felicidad nuestra y, por vuestro amor, amo a mi prójimo como a mí mismo y perdono las ofensas recibidas. ¡Oh, Señor, que yo os ame cada vez más! Es una oración conocidísima y tejida con frases bíblicas. Me la enseñó mi madre. La recito varias veces al día, también ahora, y voy a tratar de explicársela, palabra por palabra, como haría un catequista de parroquia" (JUAN PABLO I, audiencia general, 27 de septiembre de 1978, trad. de *Ecclesia*, núm. 1904, pág. 1 (227)).

(*) Acaba de aparecer, Madrid 1978, este libro que hace el volumen 31 de la BIBLIOTECA DE TEÓLOGOS ESPAÑOLES, fundada en 1930 por el padre Vicente Beltrán de Heredia. Ha sido traducido por el padre Victorino Rodríguez, O. P., que es autor también de su presentación (págs. 7 a 10 del volumen). Por su doble valor, como tal presentación y como ilustración del concepto cristiano de caridad, tenemos que expresar nuestra gratitud al padre Victorino Rodríguez por su autotización para publicarlo en este número de VERBO.

Eso tan sencillo y tan perenne y tan de catecismo, que merecía la atención del llorado Pontífice en su última catequesis, había llevado a Ramírez a esta amplísima exposición para los estudiantes de Teología de Salamanca, que abarrotaban el aula para escucharle. Muchos de ellos aún conservan la impresión de aquellas lecciones magistrales; rebosantes de erudición, eclesiástica y profana; abrumadoras en sus análisis exhaustivos, desde la filología hasta la metafísica; irresistibles en la lógica interna; elegantes en su dicción latina inigualable. Los oyentes de entonces, a quienes resultaba difícil discernir de viva voz los párrafos de Cicerón, de San Agustín o de Ramírez, agradecerán, sin duda, esta edición tardía en español.

Al delimitar su exposición a *la esencia de la caridad*, que, de hecho, quedó reducida a la esencia *metafísica* (compárese el plan del número 4, pág. 20, y la realización según el Índice, págs. 11-12), Ramírez fue fiel a su talante, método y estilo. Hombre de temperamento eminentemente metafísico y sistemático, a la vez que profundamente creyente y noble, sentía predilección por los temas de las esencias de las cosas, en el sentido más realístico (totalmente ajeno a las caricaturas idealistas), para adentrarse laboriosamente en ellas y lograr una visión integral y ordenada de las mismas. Ahí está su obra similar, ya editada, *La esencia de la esperanza cristiana* (Madrid, Punta Europa, 1960); ahí está el tomo III "De hominis beatitudine": *De essentia metaphysica beatitudinis formalis* (Madrid, C. S. I. C., 1947 y 1972).

* * *

En esta breve presentación no quiero adelantar lo que el lector podrá encontrar más satisfactoriamente expuesto en el texto. Sólo quiero indicar unos cuantos valores singulares para que no pasen desapercibidos por los lectores menos especializados. Algo así como hice con la obra de *Los Dones del Espíritu Santo*, editada hace poco en esta misma colección.

Creo, pues, que merece subrayarse, en primer lugar, la clarificación semántica del término *caridad*, no sólo en su propia etimología y uso, sino también en su confrontación con términos afines (simpatía, benevolencia, benignidad, beneficencia, amor, amistad, dilección, concupiscencia, gracia, piedad, concordia, paz). De este primer acercamiento y confrontación ya resulta una cosa clara: que el término más rico y expresivo de la realidad estudiada es el de *caridad*, que es, por lo demás, mucho más específico y unívoco que el término *amor*, mucho más general, ambiguo y moralmente equívoco. No es éste el momento de explicar por qué en el actual len-

guaje teológico y litúrgico se prefiere el término amor al término más auténtico de caridad.

Ya dentro de la exposición de la esencia de la caridad, buscada a través de sus objetos propios, como postula su condición de hábito operativo, cabe subrayar, ante todo, el método tan rigurosamente teológico, habitual en Ramírez, de alimentar la Teología de sus fuentes propias, que son la Revelación, la Tradición de los Padres y la interpretación auténtica del Magisterio de la Iglesia. Nuestro autor no necesitó esta orientación metodológica del Concilio Vaticano II; la había practicado siempre. Sus excepcionales facultades naturales de inteligencia y memoria y su disciplina mental más lograda estuvieron al servicio de la verdad revelada y fielmente transmitida y de su ulterior inteligencia teológica: *fides quaerens documentum* y *fides quaerens intellectum*.

Primer resultado de su indagación es la delimitación del objeto terminativo de la caridad, que es, directa y primariamente, Dios en sí mismo; directa, pero secundariamente, las personas creadas con las que entramos o debemos entrar en relación de amistad sobrenatural en Dios, desde Dios y para Dios; e, indirectamente, todos los bienes que queremos y deseamos para las personas. La caridad es muy totalitaria ("amarás al Señor, tu Dios, con *todo* tu corazón, con *toda* tu alma, con *todo* tu poder" —Deut. 6, 5; Mt. 22, 37—; la caridad "*todo* lo excusa, *todo* lo cree, *todo* lo espera, *todo* lo tolera" —1 Cor. 13, 7—), pero muy ordenada y jerárquica en sus objetos. Va primariamente a Dios (término formal especificativo) y, desde Dios, en Dios y hacia Dios, abarca a todos los prójimos, que son todos los hombres y ángeles, que están o pueden estar en comunión amistosa con Dios. Ningún amor más profundo y extenso que el de caridad: ningún modo más rápido y eficaz de llegar a los demás que a través de Dios. La caridad es esencial y específicamente *teocéntrica*, no antropocéntrica. San Pablo vivía y expresaba esto así: "no vivo yo, es Cristo quien vive en mí" (Gal. 2, 20); "todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios" (1 Cor. 3, 22-23).

Otro gran capítulo de esta obra, admirable en información y en profundización teológica, es el referente al *motivo formal* de la caridad. Ni la teoría del amor puro (quietismo inactivo) ni la teoría del amor interesado y concupiscente son fieles a la esencia de la caridad. La caridad humana (creada), por más sobrenatural y divina que sea en su término especificativo y en su motivo formal, no deja de ser humana y estar condicionada por el sujeto amante: ama ciertamente a Dios por sí mismo ante todo, pero no a un Dios abstracto o desligado de nosotros, sino a un Dios al que estamos vinculados como hijos, como amigos, internamente dispuestos por

la gracia y la caridad para la convivencia amistosa con El. Esta disposición subjetiva no obsta a la pureza del motivo divino de la caridad, sino que hace posible su actuación vital en nosotros. La metafísica de la interferencia intrínseca de la causa formal y material es el hilo conductor de esta magnífica exposición, a la vista siempre del dato positivo y de las orientaciones más o menos explícitas de Santo Tomás.

Tras haber analizado detenidamente, en la primera sección, lo referente al objeto y motivo de la caridad, las secciones segunda y tercera, sobre sus actos y sobre el mismo hábito de la caridad, resultan fáciles y breves. Una segunda parte proyectada sobre la caridad *en relación con otras virtudes y dones divinos* (cf. n. 4) resultaría igualmente fácil. La cuestión más difícil a este respecto, cual es la relación entre la caridad y la esperanza teológica, queda suficientemente dilucidada en el artículo sobre el motivo formal de la caridad.

Victorino Rodríguez O.P.